

GAZETA DE MADRID

DEL LUNES 17 DE ABRIL DE 1809.

GRAN DUCADO DE BERG.

Duseldorf 27 de marzo.

Una carta particular de Bamberg refiere que habian comenzado ya las hostilidades el dia 16 del corriente; pero esta noticia no parece verosímil, porque los diarios de Augsburgo del 20, de Stuttgardt del 23 y de Francfort de 25 hubieran hecho mencion de un suceso tan importante.

Ha llegado á Breslau un correo de Königsberg con una orden á los comandantes de las fortalezas de Silesia para abastecer estas plazas de todo lo necesario, y ponerlas en estado de defensa.

GRAN BRETAÑA.

Londres 20 de marzo.

S. A. R. el duque de Yorck ha ido á Windsor, y ha ofrecido á su augusto padre la dimision de su comandancia general del ejército, exponiendo en una carta las razones que le movian á hacerlo. S. M. la ha admitido, y ha nombrado para sucederle en este empleo, segun unos al conde de Chatam, y segun otros á sir David Dundas.

El *morning-chronicle* dice que es tal la confusion que reina en los papeles públicos de los españoles sublevados, y tan exágeradas las relaciones que contienen, que no sabe uno en que creerles.

Tememos que haya naufragado nuestra fragata *Salut*, pues hace mucho tiempo que no se tiene noticia de su paradero.

Dicese que lord Paget va al continente á servir en el ejército austriaco en clase de voluntario.

HOLANDA.

Amsterdam 24 de marzo.

En atencion á las pérdidas que ha sufrido

do el departamento de Over-Issel con motivo de las inundaciones, S. M. ha expedido un decreto, en virtud del qual este departamento no pagará este año mas que un millon de los dos que se le habian repartido de contribucion.

Tambien ha mandado S. M. que se presente al cuerpo legislativo un proyecto de lei, dirigido á reemplazar para el año corriente el impuesto de 3 millones por medio de un corto aumento de las contribuciones indirectas, exceptuando los derechos sobre la sal y el xabon, que por ningun título deberán aumentarse.

IMPERIO FRANCES.

Paris 3 de abril.

Carta escrita por un viajero sueco.

„Pocos dias ha que salí de Viena, y quando llegué á Paris, me sorprendí al considerar el contraste que ofrecen estas 2 capitales. En Paris apenas se habla de la Austria ni de la guerra: en Viena todo es hablar de guerra, de ejércitos y de nuevos armamentos: los jóvenes empleados en las casas de comercio son arrancados de los bufetes, los artesanos y los obreros de sus talleres y de sus trabajos; en una palabra, á todos se les hace soldados de grado ó por fuerza. Las imprentas brotan noche y dia libelos contra la Francia: aqui se publica el atribuido á Cevallos: allá invectivas de los insurgentes españoles, concebidas en los términos mas chavacanos é indecentes: en otra parte cartas fingidas del Papa. Los clérigos no cesan de predicar al pueblo, incitándole al odio y á la guerra; y la capital entera no presenta mas que el desagradable espectáculo de la embriaguez y de la presuncion mas loca. Sin embargo, esta manía no es absolutamente general: yo

mismo he oído hablar sobre esto á varios sujetos prudentes y moderados, como son Mr. de Zinzendorf, ministro de lo Interior, y el príncipe de Lichtenstein, los cuales, sin poder atinar con la verdadera causa de este funesto desvarío, se lamentan en secreto de los males presentes, y lloran la terrible catástrofe que préveen; pero entre tanto la masa del pueblo es arrastrada y seducida. ¿Es posible, preguntará alguno, que los austriacos hayan olvidado tan pronto los 15 años de derrotas y de reveses? Esto mismo me preguntaba yo al principio á mí propio, y no tardé en encontrar la solución. La infeliz Austria está de un año á esta parte perseguida y oprimida por la inquisición mas rígida; todo lo que pudiera ilustrarla acerca de la verdadera situación de la Europa, se le oculta con gran cuidado. La introducción de gazetas extranjeras está prohibida, y las del país están atestadas diariamente de las mentiras mas descaradas y mas á propósito para extraviar la opinión pública. Para formar idea de su mudanza, no es menester mas que recorrer los periódicos de Viena y de Presburgo publicados de 6 meses á esta parte. Al oírlos, ya no existe el ejército francés, y los insurgentes españoles están á punto de invadir la Francia. Los franceses no son ya temibles, y su gloria se ha acabado para siempre en la célebre batalla de Roncesvalles. Un día os dicen que *los franceses han levantado el sitio de Zaragoza, con pérdida de 1200 hombres, y que los españoles tienen un ejército de 8000 combatientes*: otro día publican que *los ingleses preparan una expedición formidable contra la Italia, que está enteramente desguarnecida de tropas, porque las que habia en ella han sido enviadas contra España*: en otro añaden que *del 10 al 15 de octubre ha habido en Roncesvalles una batalla sangrientísima, en la que los franceses, á pesar de su valor y de sus esfuerzos, han sido echados de todas sus posiciones, han abandonado su artillería, perdido muchas águilas, y retirándose á Tolosa*; y que *el ala derecha de los españoles bloquea ya la plaza de Perpiñán*: mas adelante dicen que *1000 ingleses y 800 caballos de los moros van á juntarse con el ejército español*.

„Semejantes noticias, repetidas diariamente, han llegado á inspirar al pueblo una

confianza ciega. Le han hecho creer que los soldados veteranos franceses han perecido á manos de los españoles, y que los ejércitos que el Emperador Napoleon tiene en Alemania y en Italia son poco numerosos, y compuestos de gente visóna. Aprovechémonos, le dicen, de este momento favorable que la fortuna nos presenta para atacarle con ventajas. — Así es como se habla en todas las conversaciones y tertulias de Viena. ¡Pero cuán grande no ha sido mi sorpresa, quando después que he salido de esta capital, abandonada á tantos desvaríos y á tantos errores, he encontrado la Alemania llena de esas falanges veteranas de los franceses, mandadas por gefes á quienes nunca ha abandonado la victoria, y que esperan tranquilas en sus acantonamientos la señal del combate! He visto mas de 80 regimientos de infantería y 50 de caballería, y entre ellos esos 200 valientes coraceros, que no han olvidado todavía la memoria de tantos triunfos, sin contar los 1000 hombres de la confederación del Rin, los cuales están impacientes por distinguirse al lado de los franceses.

„Mr. de Stadion es como el embustero de la fábula, que habiendo intentado engañar á los otros, fue él el engañado; pero ¡qué pronto se cambiará la escena, y qué terrible será esta mutación! Esos armamentos de gente sin disciplina, esas masas incoherentes é informes, y esas tropas tan acostumbradas á sufrir derrotas, quando se encuentren con sus antiguos vencedores, á quienes creían ya muertos; quando los vean en el campo de batalla en mayor número y mas fogosos que nunca, bien pronto buscarán su salud en la huida. Entonces la nación despertará de su letargo, ó curará de su frenesí; conocerá el peligro en que la han puesto los autores de la guerra; é ¡infelices aquellos que la han arrastrado hasta el borde del abismo! El pueblo se echará sobre ellos, los despedazará, se vengará así de las calamidades que han acarreado á un país, que para curar sus profundas heridas necesitaba de algunos años de tranquilidad y de reposo, y castigará la ingratitud con que han correspondido al vencedor magnánimo, que dueño poco ha de Viena, dió á esta ciudad señaladas pruebas de su clemencia y de su generosidad.

„Estas reflexiones me han conducido á considerar el triste estado de mi afligida pa-

tria, que oprimida, gravada con exacciones y tributos insoportables, y entregada á los horrores del hambre, derrama inútilmente la sangre preciosa de sus valientes guerreros por defender una causa que labra su infelicidad. Sin embargo, no puede estar lejos, me he dicho á mí mismo, el tiempo en que los suecos, cansados de tanto sufrir, sacudan el yugo pesado que les impone un Soberano que no consulta sino á sus pasiones: el odio universal que se ha grangeado con su conducta extravagante recaerá sobre su cabeza, y su caída será un exemplo terrible para todos los que, como él, se empeñen por una ambición loca, por su orgullo ó demencia, en arrastrar á sus pueblos á una lucha desigual."

ESPAÑA.

Madrid 17 de abril.

Ayer tuvieron el honor de presentarse al REI nuestro Señor las diputaciones de las ciudades de Lugo, Ciudad Real y Almagro, y de las villas de Daimiel, Carrion de Calatrava, Granatula, Villarubia de los Ojos de Guadiana, Aldea del Rei, Torre Alha de Calatrava, Calzada de Calatrava, Membrilla de Calatrava, Solana, Manzanares, Moral de Calatrava, Corral de Calatrava, Villamayor y Alcázar de san Juan, y los cabildos eclesiásticos y comunidades religiosas de ellas. Todas manifestaron á S. M. el gusto con que habian prestado el juramento de fidelidad y obediencia á su augusta Persona, á la constitucion y á las leyes, los pueblos y cuerpos que los enviaban para que reiterasen á sus reales pies sus mas sinceros homenajes. S. M. recibió estas numerosas diputaciones con la amabilidad y agrado que le son propios; y despues de hablarlas en particular, informándose menudamente del estado de sus pueblos, encargó á todos que les manifestasen que de ellos pendia su felicidad; pues mirándose ya como concluida la guerra, cesarian todos los males inseparables de ella; que á los mismos pueblos tocaba por su propio interes perseguir á los asesinos y ladrones que suelen despues de tales turbulencias infestar los caminos, y atacar al pacífico caminante; pues de lo contrario tendrian que sufrir siempre el gravamen de las tropas; que acaso algunos eclesiásticos, debiendo predicar la paz, segun les

§15
prescribe su santo ministerio, contribuian á turbarla con máximas sediciosas, de lo que tenia S. M. algunas pruebas; pero que esto no provenia sino de ignorar los principios de la religion santa de que son ministros, y los beneficios que á ellos mismos les proporciona la nueva constitucion; que los eclesiásticos debian tener entendido que S. M. conociendo que debian vivir del altar lo que le servian y se ocupaban en dirigir las conciencias de los ciudadanos, les conservaria á todos rentas suficientes con que mantenerse con decoro, y aun en lo general mas cómodamente que hasta aqui; que no debia confundirse el estado actual con el que tendrá la nacion despues de enteramente pacificada, y despues de establecida la constitucion, por la qual el Príncipe no puede sino emplearse en el bien general del estado, ni disponer arbitrariamente del tesoro de la nacion, sino para atender á las necesidades de ella; que la representacion nacional en las cortes se organizará de un modo bien diferente de lo que fueron en otro tiempo, pues destruida toda rivalidad, y abolidos hasta los nombres provinciales, que fueron causa de tantas discordias, se mirarán todos como españoles sin distinciones odiosas, iguales á los ojos de la lei, y en el repartimiento de las cargas del estado, gozando de una prosperidad é independencia de que no han gozado jamas; y en fin, que el honor y gloria de S. M., objetos únicos de su ambicion, consistian en el mayor bien y lustre de los españoles, y que ellos le debian esperar con la mayor confianza si escuchando sus razones y las de su propia conveniencia, apartaban los obstáculos para que renaciese la paz. Los diputados se retiraron muy penetrados de la bondad de S. M., de la rectitud de sus intenciones, y de la justicia y sabiduría de sus benéficas miras.

POLITICA.

Continuacion del extracto de la obra de Guillermo Roscoe. — Consideraciones sobre las causas &c. (Véase la gazeta núm. 106.)

„Fue fácil de conocer desde el principio de las contestaciones entre los dos gabinetes, que estas no tenian por fundamento razones mas sólidas que las que se habian alegado hasta entonces. Es verdad que

ocurrieron algunas dificultades en orden á la evacuacion de Egipto y de Malta por los ingleses, y de la Holanda por los franceses; pero no era difícil convenirse sobre este particular, y aun estaban á punto de ponerse de acuerdo, quando una queja seria del gobierno frances remitida al ministerio por el Sr. Otto, vino de repente á mudar la naturaleza de la discusion. El fundamento de esta queja no era una nueva agresion de parte de nuestro gobierno, ni una infraccion del tratado de Amiens; se apoyaba únicamente sobre la conducta de los emigrados franceses en Inglaterra, sobre los papeles satíricos é injuriosos que diariamente salian de las imprentas inglesas contra el gobierno frances, y con especialidad sobre un artículo del diario de Pelletier.

„Lord Hawkesburi respondió al señor Otto que era imposible que los ministros del Rei leyesen *sin el mayor disgusto* el artículo sobre que estaba fundada la queja, y que seria denunciado al fiscal general de S. M.

„En este estado quedaron los negocios hasta el 17 de agosto de 1802: el ministro frances expuso con mas extension el objeto de su queja: representó que no se trataba ya de un artículo insertado por inadvertencia en un papel público, sino de un *sistema de difamacion* dirigido con perseverancia contra el jefe de la república francesa, contra todas las autoridades, y aun contra la nacion entera, á quien estos libelos ultrajaban en términos los mas odiosos y viles; que muchos de estos periódicos contenian un llamamiento al pueblo frances contra su gobierno y las leyes fundamentales de la Francia. Añadia que por el primer artículo del tratado de Amiens las dos potencias se habian convenido en no conceder proteccion alguna directa ni indirectamente á los enemigos de la una y de la otra: y por último, recordaba al ministro ingles que qualquiera que fuese la proteccion que concedieran las leyes á los escritores ingleses, los ministros podian, en vir-

tud del acta concerniente á los extranjeros, obligar á que saliesen del reino aquellos cuya residencia era perjudicial á los intereses de la gran Bretaña.

„En su respuesta lord Hawkesburi convino en que habia en algunos periódicos nuevos de Inglaterra ciertos artículos contra el gobierno frances, y que ademas se habian dado á luz otros libelos todavía mas indecentes; pero que habiendo tenido á bien el gobierno frances recurrir á la reaccion, ó habiéndolo permitido por lo menos, no tenia ya derecho para quejarse de que las representaciones hechas á S. M. no hubiesen surtido el efecto deseado. En quanto al bill concerniente á los extranjeros, lord Hawkesburi respondió que esta acta tenia por fin echar de la isla á los extranjeros que por su número ó sus principios pudieran turbar la tranquilidad interior del reino; pero que no se hallaban en este caso las personas de quienes se habia quejado, puesto que podian ser juzgadas segun las leyes del pais, como lo habian sido otras muchas á peticion de los gobiernos extranjeros.

„Interesa poco examinar ahora si las razones del ministro ingles eran justas y políticas; pero siempre probaron que las nuevas disensiones entre los dos gabinetes provinieron principalmente de la publicacion de los libelos que los mismos ministros ingleses tenian por demasiado indecorosos, mientras que los escritos franceses no podian considerarse sino como meras reacciones. La discusion se continuó despues en Paris entre el ministro frances y el embajador de Inglaterra, pero sin éxito ninguno favorable. Por el contrario, lord Withworth escribió en términos expresos al Sr. de Talleyrand, que „hasta tanto que el primer cónsul pudiese dominar su sensibilidad, hasta el punto de mostrarse tan indiferente por la aspereza de la imprenta inglesa como el gobierno británico lo estaba por la de la Francia, seria irremediable el estado de irritacion." (*Se continuará.*)